

Reflexiones Ontológicas

El Observador CMG



“El permiso de ser más de un fruto”

Por Mairim González Molina
Coach Ontológico y Organizacional
G11 CMG Consultores

En nuestro día a día, generalmente hablamos de nosotros como si ya estuviéramos definidos: «yo soy esto», «esto es lo que sé hacer», «yo soy así», «eso no es para mí». No nos damos cuenta de que las palabras pueden ser muros que construimos en nuestra realidad, impidiéndonos ver lo que podemos llegar a ser.

Si observamos lo que ocurre con una semilla, antes de encontrarse con la luz se transforma bajo tierra. Sus raíces crecen en la oscuridad buscando sostén y profundidad. No porque la oscuridad sea su destino, sino porque desde allí se prepara para crecer. Quizás muchos momentos de nuestra vida funcionan así: mientras los vivimos, no sabemos qué está germinando.

Desde una mirada ontológica, siempre existe la opción de mirarnos de forma distinta; y al cambiar esa perspectiva, surgen posibilidades que antes no éramos capaces de ver, como cuando la planta brota de la tierra y recibe por primera vez los rayos del sol.

En ese recorrido descubrimos capacidades, intereses, talentos y dones que quizás estaban allí o que desarrollamos mientras vivimos. Algunos aparecen temprano; otros se revelan tras atravesar ciertas experiencias, conocer a determinadas personas o asumir desafíos. Somos, al mismo tiempo, quienes los desarrollan y quienes continúan aprendiendo de ellos.

Reflexiones Ontológicas

El Observador CMG

Reinventarnos es permitírnos explorar nuevas formas de aprender, hacer y ser, incluso si pensamos que lo nuevo no guarda relación con lo que veníamos haciendo. No siempre sabemos de antemano para qué servirá un aprendizaje; como expresa Jodorowsky: «Un fruto surge porque es necesario; no sabe qué pájaro se lo va a comer».

Y creo que está bien: tal vez no necesitamos conocer desde el inicio el destino de cada fruto que producimos.

Tampoco necesitamos renunciar a lo que ya sabemos ni desconocer quiénes hemos sido para construir algo nuevo. Cada aprendizaje, oficio, relación, error o experiencia puede integrarse y convertirse en parte del suelo sobre el cual continuamos creciendo.

Sin embargo, muchas veces vivimos con la idea de que debemos encontrar «un propósito», «una profesión» o «una vocación de vida», como si nuestro desarrollo nos condujera hacia una única definición; como si de nosotros solo pudiera esperarse un fruto.



¿Y si no fuera así?

¿Y si una misma persona pudiera enseñar, aprender, acompañar, crear, liderar y emprender en distintos momentos de su vida?

¿Acaso una identidad invalida a las anteriores, o podría contenerlas, transformarlas y ampliarlas?

Quizás reinventarse no tiene que ver con empezar desde cero, sino con ir a la profundidad, encontrarnos en la sombra con quiénes hemos sido y quiénes somos, e integrar lo vivido para ampliar nuestro horizonte de posibilidades hacia la luz.

El árbol no deja de ser árbol cuando caen las hojas ni cuando florece. Y nosotros no dejamos de ser quienes hemos sido cuando descubrimos lo que podemos llegar a ser.

Permitámonos, entonces, hacer de la reinvención una práctica cotidiana: conservar nuestras raíces sin convertirlas en cadenas, reconocer nuestros frutos sin creer que serán los únicos y mantener abierta la posibilidad de seguir aprendiendo, creciendo y transformándonos.

Porque tal vez la pregunta no es solamente:

¿Quién soy?

Sino también:

¿Quién más puedo llegar a ser?

¿Y si me doy permiso de ser más de un fruto?